

IMAGEN Y MEMORIA HISTÓRICA DE LA REINA ISABEL

Ricardo García Cárcel

Si contemplamos los centenares de glosas de Isabel la Católica que Vicente Rodríguez Valencia registró pacientemente en 1970 en plena euforia del proceso de beatificación de Isabel la Católica, podríamos tener la idea de que ha existido un consenso universal en la imagen óptima de la reina. Evidentemente, la cosa no es así. Ya decía Ferreras en su *Historia de España* refiriéndose a las opiniones sobre Isabel que “no ha faltado perro que ladre a la luna ni lima que haya mordido el oro de sus virtudes”.¹ En cualquier caso, son pocos los testimonios que podemos encontrar beligerantemente críticos contra Isabel. Hillgarth anotó el testimonio de aquel corregidor real en 1506 que dijo que “questos reynos abían sido muy mal gobernados e que creía que la Reyna Isabel, según su mala gobernación, questaba en el infierno”. Pero el mismo historiador desestima el valor de esta opinión porque “fue expresada durante el breve triunfo en Castilla de Felipe I”.² El argumento de Hillgarth de la invalidación no se sostiene, porque todos los juicios políticos están contaminados de coyunturalismo político. En cualquier caso, lo que habría que preguntarse es por qué no pocos sectores de la nobleza castellana apuestan por Felipe I como alternativa a un reinado tan presuntamente próspero como el de la reina Católica.

Sea como sea, insistimos en que es bien patente que los pocos juicios críticos negativos contra la reina Católica proceden de los judíos expulsados y exiliados. El más conocido es de Josef ha-Kohen que escribió en 1575: “El Señor se mostró celoso por su pueblo y dio a estos dos reyes la recompensa[...] La hija de ellos murió en Portugal, el hijo primogénito murió de la peste y no les quedó hijo varón que heredara el reino. La reina Isabel, la maldita, padeció hastío de su vida, y devorada la mitad de su cuerpo por una llaga pernicioso y fija que se llama cáncer, murió. Yahveh es justo”.³ Las críticas a los Reyes Católicos por la creación de la Inquisición y la expulsión de los judíos van a estar muy presentes en el exilio sefardita, sobre todo en el siglo XVII, desde el núcleo de Amsterdam. Las generaciones de Abenatar Melo, León Morteira, Pinto Delgado, Isaac de Montalto o la de Ben Israel, Isaac Cardoso, Miguel de Barrios... emitieron no pocas críticas contra los Reyes Católicos en plena euforia de la leyenda negra holandesa contra España.⁴

Mucho más tenues son las críticas desde el ámbito musulmán a la conquista de Granada. El llanto de Boabdil no dejó una estela crítica o, al menos, ésta no se conserva. Bernard Vincent no las contempló en su libro sobre 1492. *El año admirable*.⁵ Las críticas a la Inquisición desde el lado converso o desde el lado erasmista y luterano germinan muy pronto, en la década de 1520, pero se proyectan más hacia las reflexiones en torno a la libertad de pensamiento que hacia la adjudicación de responsabilidades personales a los Reyes Católicos. La obra de J. García Atienza que se subtitula pomposamente como *La leyenda negra de Isabel la Católica* es un fiasco absoluto.⁶ Uno esperaba ver testimonios alineados contra Isabel, y sólo se encuentran tópicos y lugares comunes. Tampoco el indigenismo dejó secuelas inmediatas contra los Reyes Católicos.

Por lo tanto, una primera realidad se evidencia. Hoy por hoy conocemos muy pocos testimonios críticos negativos contra Isabel. ¿Significa ello que exista un consenso continuado en favor de Isabel I? Rotundamente, no. La realidad es que las fluctuaciones en la opinión respecto a Isabel fueron notables y la crítica negativa se disfrazó de ninguneo, de silencio discreto, de parálisis interpretativa. Aquí trataremos de las fluctuaciones de esa opinión, en la que, como veremos, unas veces la valoración de Isabel va unida implacablemente a la de su marido Fernando, pero otras muchas veces los historiadores parecen esforzarse en divorciar a los cónyuges, focalizando su atención hacia uno de los miembros de la pareja. El isabelismo y el fernandismo en ocasiones son complementarios, en otras muchas son casi antitéticos. Empezamos nuestro periplo por la memoria de Isabel la Católica a través de la memoria más cercana a los reyes: la que generaron los cronistas del reinado.

LA HISTORIOGRAFÍA DURANTE SU REINADO

Las crónicas de los Reyes Católicos tienen dos etapas definibles: antes y después de 1504. Son, de hecho, dos generaciones diferentes de cronistas, de las que aquí queremos hacernos eco. La primera es la generación de los cronistas que lo habían sido de Enrique IV y que vivieron el matrimonio de Isabel y Fernando, la toma de posesión de la Corona castellana por Isabel y la trayectoria política del reinado hasta finales del siglo xv o comienzos del siglo xvi. A esta generación se adscriben Alonso de Palencia, Diego de Valera (es el que muere pronto, 1488), Hernando del Pulgar y Diego Enrique del Castillo. De los cuatro, el único que escribió una crónica favorable a Enrique IV fue Diego Enrique del Castillo, cuya crónica sufrió múltiples peripecias (le fueron robadas sus notas en Segovia y el texto fue manipulado por Alonso de Palencia).⁷ Los otros tres desde formaciones culturales diferentes (Palencia fue humanista, Valera y Pulgar más bien burócratas o funcionarios) asumieron el reto de construir la legitimidad de Isabel la Católica frente a la Beltraneja y ello, fundamentalmente, echando mano del providencialismo divino, como hizo Valera:

E como el clementísimo Redemptor Nuestro oyese las continuas peticiones e anxiosos gemidos de los pobres e presos por los más poderosos, después de tanta tiniebla, quiso tan claro sol embiarnos dándonos miraglosamente estos gloriosos sanctos príncipes rey e reyna don Fernando e doña Isabel nuestros señores, para los reformar, conservar e acrecentar, e para punir e castigar los sobervios, e destruir e desolar todos los enemigos de nuestra sancta fee católica; porque se verificase aquella sentencia del bienaventurado Isidoro que dize: entonces Nuestro Señor embía los remedios, quando los hombres no esperan averlos.⁸

Un providencialismo que, desde luego, tenía más raíces aragonesas que castellanas. Hubo, de alguna manera, una importación en Castilla del providencialismo aragonés que capitalizó Fernando e impregnó a Castilla del mismo. A mediados del siglo xv, antes del reinado de los Reyes Católicos se acuña el concepto de *natio* renacentista. El reinado de los Reyes Católicos aportará la conciencia de una unión territorial bajo una monarquía común. Ellos no se llamarán nunca “reyes de España” pero sí que se hablará, y mucho, de “monarquía de España”. Pues bien, ese concepto político de monarquía de España se fundirá con el humanista de *natio*, de procedencia italiana, como comunidad ancestral, arraigada en un territorio y portadora de unos determinados valores. En el reinado de Enrique IV, los Sánchez de Arévalo o Alonso de Cartagena encabezaron el salto cualitativo del concepto territorial de España a un cierto concepto nacional. El matrimonio de los Reyes Católicos se inserta en un mundo de expectativas políticas nuevas, indiscutiblemente ligadas a una euforia política respecto a la unión territorial de la monarquía. El sentido unitarista lo

compartieron intelectuales catalanes, castellanos e italianos, por más que el concepto nacional de España distara mucho todavía de estar soldado. Sigue vigente un concepto muy parcial del espacio territorial español (los historiadores se ocupan de sus respectivas áreas de interés) y los mitos fundacionales distorsionaron por completo la realidad histórica, con el mito Tubal a la cabeza. Pero, en cualquier caso, nadie puede dudar de que las historias de España de Garibay o Mariana de fines del siglo XVI se larvaron en la cocina del reinado de los Reyes Católicos (e incluso antes, durante los reinados de Enrique IV o Juan II) a través de las obras de una intelectualidad humanística que se desliza desde los Sánchez de Arévalo, Cartagena o Margarit a Marineo Sículo. Estos historiadores asumirán el concepto de *hispani* o *prisci hispani* enfrentados a Roma, pero sobre todo conectarán con el goticismo del concepto de pérdida de España que había sido institucionalizado por Rada en el siglo XIII. Por más que la historia adscrita a los cánones humanistas tuvo escaso reflejo entre las élites de la monarquía de los Reyes Católicos y, de hecho, entre los cronistas sólo Palencia fue auténtico humanista. Valera fue nombrado cronista en 1474 en el lugar que había ocupado Enríquez del Castillo. A él le sucedería Palencia y a éste Pulgar, en 1480.

¿Estuvieron los cronistas a la altura de lo que refleja la coyuntura política?

Ninguno de los cronistas de esta primera generación agradó a Isabel. ¿Es que no hablaban bien de ella? Evidentemente, hablaban muy bien. Pulgar fue el que nos hizo la primera descripción física de la reina y el que sentó las bases de sus cualidades (“muy buena mujer”, continencia incluso en los partos, amor a su madre y a sus hijos, discreción, ingenio, religiosidad, gran corazón, laboriosidad) pero no desaprovecha la ocasión para fustigar algún defecto (nula generosidad, excesivo ceremonialismo y, en ocasiones, humillación de sus servidores). Valera y Palencia insistieron sobre todo en su religiosidad extrema. Valera tiene más simpatía por Fernando al que se le hace responsable de la conquista de Granada. Palencia defendió directamente la injerencia de Fernando en Castilla. Pulgar, pese a que fue controlado por la reina página a página, nunca gozó del apoyo de Isabel que le reprochaba su mendocismo.⁹ Ninguna de las crónicas se editó de manera inmediata. Palencia llega hasta 1490 y su crónica no se editará traducida (la había escrito en latín) hasta 1909. La crónica de Valera, que sólo llega hasta 1487, no fue editada hasta 1927 por Mata y Carriazo. Pulgar fue traducido al latín por Nebrija y su texto fue publicado en 1545 atribuyéndoselo, por cierto, a Nebrija. En castellano se publicaría en 1565 y en 1780. Galindo de Carvajal criticó ásperamente a Pulgar y la crónica de Pulgar, que llega hasta 1490, fue luego continuada por el anónimo maestro Vallés, Lorenzo de Padilla y Alonso de Santa Cruz, con resultados muy mediocres. De ellas, la más interesante es la primera que se prolonga hasta 1514. La editó Rosell en 1878 y constituye una reafirmación de las glosas de Pulgar (“nunca se vio en su persona cosa incompuesta, nunca se halló en sus obras cosa mal hecha, ni en sus palabras palabra mal dicha”).¹⁰

Los continuadores de la obra de Pulgar, en cualquier caso, ya pertenecen a otra generación de cronistas, la que escribe sus obras después de la muerte de la reina. Se trata de cronistas o simples narradores que no viven la tensión de los primeros años y que escriben en un contexto distinto, desde la nostalgia del pronto mítico 1492. De todas estas crónicas sólo fueron especialmente isabelistas, el párroco Andrés Bernáldez, cura de los Palacios (murió en 1514) y Alonso Flórez, familiar del duque de Alba.¹¹ Nadie contó mejor los hechos del 92 como Bernáldez. Nadie mejor adjetivó a la reina Católica:

Cristianísima y bien aventurada reina, muy digna de loada por siempre [...] castiza y de tan nobilísima y excelentísima progenie [...] muy prudentísima reina [...] muy

devotísima y muy obediente [...] contemplativa [...] muy esforçadisima, muy poderosa, prudentísima, sabia, onestisima, casta, devota, discreta, cristianísima, verdadera, clara, sin engaño, muy buena casada, leal y verdadera y subjeta a su marido, muy amiga de los buenos y buenas [...] amiga de su casa, reparadora de sus criadas [...] sencera.

Cuando muere la reina, Bernáldez escribe:

¿Quién podrá contar la grandeza, el concierto de su corte y los prelados y letrados e altísimo Consejo que siempre le acompañaron; los predicadores, los cantores, los músicos acordados de la honra del culto divino, la solemnidad de las misas y horas que continuamente en su palacio se cantaban; la caballería de los nobles de toda España, duques, maestros, marqueses, condes y ricos hombres; los galanes, las damas, las justas, los torneos, la multitud de poetas y trovadores y músicos de todas artes; la gente de armas y guerra contra los moros que nunca cesaban; las artillerías e ingenios de infinitas maneras?¹²

La obra de Bernáldez no se editó hasta 1856, aunque la mejor edición no llega hasta 1962 a través de la que llevan a cabo Gómez Moreno y Mata y Carriazo.

La obra de Alonso Flórez, que quedó manuscrita, insiste especialmente en las virtudes morales de Isabel:

La princesa tenia los ojos gamos, las pestañas largas muy alegres, sobre gran honestad y mesura [...] los dientes menudos y blancos; risa de la qual era muy templada y pocas mesura y raras vezes era vista reyr como la juvenil edad lo tiene de costumbre, mas con grand mesura y templamiento mucho, y en esto y en todas las cosas el exemplo y honestad para el virtuoso vivir a las mugeres, pareçia en su cara; la qual assi luego mostraua, en el acatamiento de quien la mirase, tan grand verguença, que el mayor principe del mundo que la viese, por mucho que fuera despachado, non touiera atreuimiento a se desonestar en el menor mote con ella; la qual, desde su niñez, fue asi de tan exçelente madre en la muy honesta y virginal limpieza criada que jamás a pensamiento de quien mas enemigo le era, nunca uvo razón nin color como su fama se maculase [...] Tanto en el ayre de su pasear y beldad de su rostro era luzida, que si entre las damas del mundo se hallara, por reyna y prinçessa de todas, uno que nunca la cognosciera, le fuera besar las manos.¹³

Pero el isabelismo en los primeros años del siglo XVI era ya muy precario. Los años 1504-16 fueron extraordinariamente convulsos. La incidencia política de Felipe el Hermoso alteró la estabilidad de los historiadores. Lorenzo de Padilla, uno de los presuntos cuestionadores de la crónica de Pulgar, escribió una crónica del propio Felipe que distorsionaba la visión previa de los Reyes Católicos. El maestro Vallés, otro de los continuadores de la obra de Pulgar, pareció regodearse en su relato contando el atentado al rey Católico de 1492. En cualquier caso, es bien patente que tras la muerte de la reina Católica y, sobre todo, tras la superación de la crisis que representó el conflicto con Felipe el Hermoso, el fernandismo se consolida. El protagonismo político de Fernando se ejerce en solitario y eso se nota en la historiografía.

Y las guerras de Italia sirvieron para que Fernando se construyera su propio mito en solitario. Maquiavelo en *El príncipe* (1513) escribirá de Fernando: “De rey débil que era ha

venido a ser en la fama y en la gloria el primer rey de los cristianos[...] Ha hecho y tramado cosas grandes, las cuales han tenido suspensos y admirados los ánimos de los súbditos”. De hecho, a Fernando se le ha convertido en la representación del maquiavelismo, del cinismo moral. Todos los italianos fueron fernandistas, salvo Castiglione (que en *El cortesano*, atribuye a Isabel una “divina manera di governare” por la escrupulosa selección de sus hombres de gobierno). De los italianos, destacan sobre todo Pedro Mártir d’Anglería y Lucio Marineo Sículo. El primero, milanés (murió en 1526) en su *Opus Epistolarum*, que llega hasta 1525, muestra una gran simpatía por Fernando, al que sólo reprocha la lujuria y su segundo matrimonio con Germana de Foix. Dentro de su fascinación por Fernando, muestra algunas virtudes de Isabel: su fortaleza (“más fuerte que el hombre más fuerte”) y la constancia (virtud que considera opuesta diametralmente a las clásicas cualidades femeninas (“mujer constante, no quisiera llamarle contumaz, tiene excesiva confianza en sí misma”). El segundo, siciliano (muere en 1536) fue el primer extranjero que escribió una Historia de España (*De rebus Hispaniae memorabilibus*). Panegirista apasionado del rey Católico, subrayaba los celos de Isabel: “amaba en tal manera al Rey su marido que andaba sobre aviso con celos a ver si él amaba a otras y si sentía que miraba a alguna dama o doncella de su casa con señal de amores”, las despedía. La obra de Sículo se tradujo al español y editó en 1533 en Alcalá. De Isabel, Sículo forjó la imagen de sobria (“abstemia, no bebía vino, ni jamás lo probó”, “nunca la vieron quejarse”) al mismo tiempo que “dádiosa, espléndida, liberal y magnánima”, pero sobre todo honesta y recatada (“quando le daban la extremaunción no consintió que le descubrieran el pie, ni tocasse ninguna mujer que una de sus privadas fuese”). Pero establece una total dependencia política de Isabel respecto a Fernando. Esa misma dependencia la vemos en algunos viajeros del momento como Andrés Navagiero que escribió: “la Reina estuvo siempre al lado del rey y con su ingenio singular, sus virtudes, raras en los hombres y no digamos en las mujeres... de sirvió de gran ayuda”.¹⁴

El único elemento disonante del fernandismo en los primeros años del siglo XVI fue Gonzalo de Ayora, personaje complejo que merecería una biografía, que osciló entre el isabelismo y el fernandismo para acabar siendo comunero y vivir exiliado de España más de quince años. Escribió una *Historia de la reina Isabel*, de la que no se han publicado más que algunos fragmentos, y un *Epistolario del rey don Fernando*, escrito en 1503 desde el Rosellón, que reflejan un distanciamiento claro de Fernando y la nostalgia isabelista.

Tres evidencias, pues, respecto a los cronistas de los Reyes Católicos. La primera es que la memoria histórica fue más isabelista mientras vivió la reina y más fernandista cuando ésta faltó. La segunda es que nunca, en cualquier caso, fue plenamente satisfactoria para Isabel, cosa que por otra parte, me temo, ha sido una constante en casi todos los reyes. La tercera es que, de todos los cronistas, el que parece más espontáneo es Bernáldez. Los demás están demasiado teñidos de oficialismo y muy marcados por la doble transición en la que se inserta el reinado: entre Enrique IV e Isabel la Católica con la guerra de Sucesión por medio entre la muerte de la reina Católica y Fernando, transiciones que distorsionan las imágenes de los reyes convirtiendo a los cronistas en servidores del poder dominante en cada coyuntura.

Las mayores glosas a Isabel no vienen de los historiadores sino de los poetas. Fue más fácil controlar la literatura que la memoria histórica.

El *Cancionero general* de Hernando del Castillo (1511) es un auténtico filón de glosas a Isabel.¹⁵ Pedro de Cartagena en las *Coplas a la Reyna Isabel* escribió:

En hystorias y famadas reynas
de la nacion nuestra,
mas al cotejar llegadas,
las corónicas passadas
seran sombra de la vuestra:
vsaron con gran prudencia
delas virtudes morales;
o notoria diferencia!
questas a vuestra excellencia
todas vienen naturales.

* * *

Una cosa es de notar,
que mucho tarde contesce:
hazer que temer e amar
estén juntos sin rifar,
por questo a Dios pertenece:
miren quan alto primor
fuera de natural quicio
exila gente cay bullicio,
quel que os tiene mas temor
ama mas vuestro seruicio.

Las coplas de Íñigo de Mendoza subrayan el providencialismo de Isabel:

Alta reyna esclarecida
guarnescida
de grandezas muy reales
a remediar nuestros males
desyguales
por gracia de dios venida
como cuando fue perdida
nuestra vida
por culpa de una muger
nos quiere dios guarnescer
y rehazer
por aquel modo y medida
que leuó nuestra cayda.

Y Gómez Manrique escribió:

A quien Dios fizo fermosa,
cuerda, discreta, sentida,
en virtud esclarecida,
buena, gentil y graciosa:
dió vos linda proporcion,
dió vos virtud y grandeza
que no hay comparación
de vuestra gran perfición
en toda la redondeza.

Álvarez Gato en sus Coplas a la Reyna Nuestra Señora:

Vuestra figura escureze
 la luciente claridad,
 por donde cierto parece,
 que nada non vos falleçe
 sino la sola piedad.
 Y parece tan cumplida
 que no vos falleçe cosa,
 menester es a mi vida,
 tan amarga y tan corrida,
 que seais y tan piadosa.

En la misma línea podrían registrarse las coplas de Antón Montoro o Diego de San Pedro. Es curiosa la insistencia en la dialéctica amor-temor que inspiraba la reina (“de todos en general/ es amada y es temida;/ es gozo para los buenos/ es pena para los malos,/ perdona con clemencia/ castiga con justicia”). El poeta aragonés Pedro Marcuello glosó también el providencialismo de los Reyes Católicos.¹⁶

LA MEMORIA HISTÓRICA EN EL SIGLO XVI

La irrupción de Carlos V en la política romperá momentáneamente la memoria laudatoria de los Reyes Católicos. Es evidente que, en un primer momento, Carlos y sus consejeros encarnan una alternativa política distinta a la que habían representado los Reyes Católicos. Una alternativa cuya avandadilla pudo ser el fugaz gobierno de Felipe el Hermoso en Castilla tras la muerte de Isabel. Nadie puede dudar, por otra parte, de que las Comunidades significaron, entre otras muchas cosas, la apuesta por el continuismo respecto a la política de los Reyes Católicos que se veía amenazado por la llegada de Carlos y su equipo flamenco. El reinado de Carlos V configurará una memoria histórica en la que sobre la imagen de ruptura pretendida por algunos de sus consejeros se impondrá la idea del continuismo, de que el modelo político carolino implica la culminación de los logros previos de los Reyes Católicos. En todos los cronistas oficiales de Carlos V late la voluntad de resaltar el nexo entre los abuelos y el nieto. La mayor continuidad la vemos en Alonso de Santa Cruz que escribió una *Historia de los Reyes Católicos*, continuando la obra de Pulgar, desde 1480 hasta 1516, y una *Crónica del Emperador*, de 1500 a 1550. Pero, en todos los cronistas de Carlos V constatamos, en mayor o menor grado, el esfuerzo por buscar al Emperador su tradición política en los Reyes Católicos

En otro lugar, hemos subrayado la trascendencia de la herencia comunera, un sentido político tradicionalista que, naturalmente, tenía muy presente la referencia de los Reyes Católicos. Se ve en Pedro Mexía, pero sobre todo en Ginés de Sepúlveda, la nostalgia de aquel niño Miguel, el del sueño ibérico, “nacido para esperanza de España” (muerto en 1500), la delectación con la que describe los territorios acumulados por los Reyes Católicos, la exaltación de los súbditos españoles por encima de los méritos del Emperador, el subrayado del azar como la vía principal a través de la que llegó Carlos V al poder.¹⁷

En algunas de las crónicas es bien visible la nostalgia de los Reyes Católicos. Las crónicas de Paolo Giovio y, sobre todo, las *Batallas y quinquagenas* de Fernández de Oviedo transpiran la sensación de que el tiempo feliz de los Reyes Católicos había acabado.¹⁸

La literatura en las primeras décadas del reinado de Carlos V participó de esta misma dependencia emotiva de la memoria de los Reyes Católicos. Redondo nos ha evocado al respecto el memorial de Beltrán de Guevara, primo de Antonio de Guevara. Su exaltación de Isabel en una carta dirigida al Emperador en 1525 es bien significativa:

Aunque otros reyes ovo buenos y reynas en España, los unos y los otros no fueron tan buenos ni hizieron tan grandes hechos como la reyna doña Isabel de esclarecida memoria y en el mundo no se habla desde la reyna santa Elena acá que oviese otra tan buena reyna y porque tengo dicho algunos grandes bienes que hizo no es de callar su excellencia y bondad y de ser la mas fortíssima reyna que quantos reyes a avido grandes tiempos.¹⁹

Cristóbal de Villalón en *El Escolástico* hace un elogio de las mujeres y toma el ejemplo de Isabel:

¿Qué lengua bastará dezir de aquella ínclita y más que sereníssima reyna doña Isabel, nuestra reyna de Castilla, muger del cathólico rey don Fernando, rey de Aragón? ¿Quién podrá discantar su honestidad, magnanimidad y esfuerzo: de su gran saber, consejo y industria para en la paz y en la guerra? Las repúblicas gobernadas por sus manos en sosiego y tranquilidad: ya las hazañosas guerras del reyno de Granada y morerías de África vencidas por su esfuerzo y invencible coraçón.²⁰

En la traducción parcial del *Carro de las donas* de Eiximenis que se hace en Valladolid en 1541-2 se propone a Isabel la Católica como modelo de mujer: la obediencia a sus mayores, la discreción, la religiosidad (“todo su palacio era un monasterio muy encerrado y muy guardado”), la cortesía en el hablar, la continencia en el rostro, disimulando con ocasión de partos y enfermedades, el amor a su marido (“amava mucho al rey, su marido y zelábalo mucho y a sus hijos quería mucho. Era muger muy aguda y discreta y sabia, lo qual vemos raras veces concurrir todo junto en una persona”)...²¹

Ciertamente, a la hora de evocar a los Reyes Católicos es Isabel la Católica, desde 1516 hasta mediados del siglo XVI quien tiene mayor protagonismo en las glosas, a caballo, sin duda, del peso de Castilla en el conjunto de la monarquía. España se va identificando progresivamente con Castilla y el resplandor de la reina Isabel ahoga la luz de Fernando.

No deja de ser significativo que es, en estos años, cuando se forja la leyenda del mito Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, contrapuesto al mezquino y desagradecido Fernando, como representación de aquella España feliz de Isabel la Católica. Las primeras crónicas-biografías del Gran Capitán son las de Pérez del Pulgar (escrita en 1526) y la de Giovio (editada en 1550), con loas al mismo en las *Quinquagenas* de Oviedo y en la obra de Guicciardini y los poemas de Alonso Hernández y algún drama de Torres Naharro.

Frente a la contraposición Gonzalo-Fernando, Agustín Redondo ha subrayado el papel de María Pacheco, la viuda de Padilla que también fugazmente fue vista como contrapunto de las virtudes de Isabel la Católica. La Pacheco, una Mendoza de la que Anglería dijo que “es el marido de su marido” fue la mujer fuerte, que supo unir armas y letras, que supo jugar su estatuto de viudad... Una mujer con algunos puntos de semejanza con la reina Católica pero que, desde el punto de vista de los cronistas, no habría sabido administrar sus propias virtudes como, sin duda, lo habría hecho la reina Católica.²² La lección última la aportaría Sandoval en su *Crónica* de Carlos V, ya a comienzos del siglo XVII, cuando sustancia: “Hase de perder por fuerza la mujer que se pone en más que su natural alcance, que es, dejando la rueca, ternar las

armas”.²³ La Reina Católica se habría quedado en el justo punto de la frontera entre la rueca y las armas.

Volviendo al reinado de Carlos V, es bien patente que en las últimas décadas de este reinado se contraponen el concepto de una España castellanocéntrica, vertical, que simbolizaría Isabel y el de una España horizontal, de sentido más federalista, que representaría Fernando. Esta tensión fue una de las razones por la que tanto tardó en generarse una Historia de España global y hasta la época del propio historiador, de que no ocurrirá, como es sabido, hasta finales del siglo XVI con las obras de Garibay y Mariana. Florián de Ocampo no llega en su intento de Historia de España sino hasta el 210; Ambrosio de Morales y Viseo hasta 1037; Beuter sólo trata de la Historia de España en la primera parte de su obra... Pero la ofensiva nacionalizadora española es muy clara a mediados del siglo XVI.

Es muy significativo, al respecto, la publicación en Granada en 1545 de textos inéditos de la historiografía hispánica (Ximénez de Rada, Alonso de Cartagena, Antonio de Nebrija, Margarit) que lleva a cabo Sancho de Nebrija, el hijo del humanista, con dedicatoria al príncipe Felipe (el futuro Felipe II); la traducción y adaptación al castellano en 1551 de la *Historia de Valencia* de Beuter (primera edición valenciana en 1538); la publicación de la obra de Carbonell (*Cròniques d’Espanya*) escrita en 1513; la traducción por el cronista Alonso de Santa Cruz en 1562 de la obra de otro catalán, Tarafa (*De origine ac rebus gestis regnum Hispaniae*, 1553); la publicación de la *Crónica de los reyes católicos* de Pulgar en 1565 (en latín, con traducción de Nebrija se había editado en 1545 y 1550)... Toda esta política editorial tiene como objeto asentar la homogeneización de la memoria histórica, al mismo tiempo que tiende a singularizarse el antes plural *Españas* y cada vez se impone más una lectura de la historia de España que legitimaba la hegemonía castellana.²⁴

La polarización Castilla-Aragón bloqueará unos años el afán integracionista. El cargo de cronista de Aragón se creó en las cortes de 1547. La confrontación de los dos modelos de construcción de la historia de España, con Isabel y Fernando representando cada uno de ambos modelos, se reflejará sobre todo en la polémica entre el castellano Alonso de Santa Cruz y el aragonés Zurita, que significó la contraposición de las memorias históricas en juego. Santa Cruz le reprochaba a Zurita: “Escribe como aragonés en lo que toca a Castilla y en prejuicio della y aún con deshonor”. Zurita se defenderá así: “Qué afrenta y qué expolio resulta a los reyes de Castilla que los de Aragón siendo tan vecinos, deudos, amigos y aliados y, por otra parte, competidores, fueran valerosos”.²⁵

Zurita será un federalista beligerante. En sus *Anales de Aragón* dedica toda la parte III a la *Historia del rey don Fernando el Católico*, que se publicaría en 1580. Es bien cierto que Zurita sólo cuenta la Historia de Aragón, pero su ninguneo de Isabel es a todas luces significativo.

Si Zurita contó con apoyos entre algunos cronistas castellanos (Pérez de Castro, Morales), a fines del siglo XVI parece imponerse la construcción de una Historia de España siguiendo las pautas castellanocéntricas.

Garibay escribió su *Historia de España* en 1556 y la publicó en Amberes en 1571. En la historia de Castilla arriba a los Reyes Católicos, en la historia de Navarra llega hasta 1566, en la de Aragón se queda ancho, más corto en el tiempo. Respecto a Isabel la Católica hace una síntesis de lo que han subrayado sus panegiristas anteriores, sin aportar nada más:

Era de mediana estatura y buena composición, muy blanca y rubia, la color de sus ojos entre verde, y azul, de cara hermosa, alegre y bien compuesta, con muy honesto y graciosos mirar, muy mesurada y de grande continencia en los meneos de su cuerpo. Criava en el palacio muchos hijos y hijas de grandes señore y muchas nobles dueñas. Era tan continente y modesta, que aun los dolores del parto suffría sin gemidos, cubriendo el rostro. Dentro de un año se aprouechó tanto de la lengua Latina que entendía muy bien lo que le hablaua, y leía bien [...] enemiga de sortilegios y encantadores, y muy amiga de personas de de letras y religión, y de honrrar los, y visitar y hazer bien a sus casas, y muy inclinada y fauorecedora de la justicia distributiva [...] excedía al rey su marido en hermosura, agudeza de ingenio, grandeza de corazón, y grauedad de su persona, siendo amiga de gloria y clara fama [...] fue tan sobria y templada que nunca beuió vino [...] amaua mucho al Rey su marido, siendo tan zelosa, que siempre fue desseosa, de conoscer, si el Rey amaua a otra, y si sentía, que miraua a alguna dama suya con sospecha o indicio de amor, con grande prudencia rodeaua en quitar las ocasiones, o la despedía con mucha honrra y prouecho [...] procurando que las damas de su palacio fuesen más virtuosas que hermosas.²⁶

La historia de España del jesuita toledano Mariana fue escrita en latín y editada en 1592, y traducida al español y editada en Toledo en 1601. En la primera impresión latina de la obra sólo llega hasta 1417; la segunda impresión, con cinco libros más, llega hasta la guerra de Granada. En la tercera edición latina (Maguncia, 1605) se le añaden otros cinco libros que prolongan la obra hasta Fernando el Católico. En la edición castellana de 1623 se incorporó un sumario de los sucesos de España de 1516 hasta 1521. La imagen de Mariana de Isabel la Católica es también repetitiva respecto al arquetipo diseñado por los cronistas: “La reyna era de buen rostro; los cabellos rubios, los ojos garços, no usava de algunos afeytes; la gravedad, mesura y modestia de su rostro singular. Fue muy dada a la devoción y afficionada a las letras, tenía amor a su marido, pero mezclado con zelos y sospechas”.²⁷

En cualquier caso, es evidente que a fines del siglo XVI, el triunfo de Isabel sobre Fernando, de Castilla sobre Aragón, parecía logrado. La revuelta aragonesa de 1591 contra Felipe II abrirá, de nuevo, la espita del fernandismo que triunfará estruendosamente en 1640.

LA MEMORIA HISTÓRICA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

En 1640, convergen dos imágenes de Fernando: la representación de la razón de Estado y su contrapunto, la representación de los fueros amenazados por Olivares. Centro y periferia se pusieron de acuerdo en glosar a Fernando por razones que son en sí mismas contradictorias. En el ámbito castellano, desde Juan Márquez (1612) a Saavedra Fajardo (1640), se denota el esfuerzo por inscribir la prudencia de Fernando en la razón de Estado, una razón de Estado, eso sí depurada de contradicciones maquiavélicas. Saavedra Fajardo escribió: “Vivió para todos y murió para sí en la memoria de los hombres para ejemplo de príncipes y eterno en el deseo de los reinos”. En la misma línea habría que situar a los Francisco de Samaniego, Trillo y Figueroa, Solórzano Pereira, Andrés Mendo, Pedro Abarca... intelectuales, muchos de ellos, jesuitas, que Ferrari exploró en su clásico libro sobre Gracián. En el ámbito de la Corona de Aragón, el fernandismo será sublimado, pero como decíamos, por otros motivos. Se le considera el nostálgico símbolo de los fueros amenazados por Olivares en 1640, en el marco de la revolución de 1640, y después de 1652, como la representación de la tercera vía, la opción política entre el centralismo de Olivares y el separatismo catalán. La España que no pudo ser, antes que la polarización se desatara. Gracián (1640), Blázquez Mayoralgo (1646),

Juan de Vitrián... son los principales representantes de esta corriente. Isabel para todos estos historiadores es un personaje secundario. Gracián le hace la concesión de que “Isabel es de tan gran capacidad que al lado de un tan gran rey, pudo no sólo darse a conocer, pero decir”. Vitrián nos pinta a una Isabel violenta que intenta suprimir las libertades de los aragoneses. El presunto neoforalismo en el reinado de Carlos II tendió siempre a evocar a Fernando olvidando a Isabel. La situación volverá a equilibrarse después de 1700. Incluso la literatura española del siglo XVII tendió al fernandismo. Ahí están como testimonio la famosa obra de Lope *El mejor moro de España*, en la que pinta a un Fernando, moro disfrazado de arriero para conocer a la infanta Isabel, antes de su matrimonio.²⁸

Durante la guerra de Sucesión, los folletos borbónicos fueron claramente nostálgicos de Fernando el Católico mientras que los austracistas evocarán con profusión a Carlos V. El felipista Melo y Girón en *Celo católico y español* (1708) subrayó que “con Fernando desapareció la mejor varonía que hemos tenido en estos reinos”. El único folleto austracista que evoca a Fernando es *La paz octaviana* (1705) refiriéndose al archiduque Carlos como “descendiente legítimo, de varón en varón, del glorioso Infante Don Fernando, nacido en Medina del Campo y criado en la alta Escuela de su abuelo, el rey Fernando el Católico”.²⁹ En cualquier caso, ni los folletos austracistas ni los borbónicos se acordaron de Isabel la Católica.

Juan de Cabrera en su *Crisis política* (1719) inicia un establecimiento de la imagen de Isabel. El jesuita Cabrera destaca, sobre todo, la virilidad de Isabel:

En este pensamiento que apoyamos, estaba la Reina Católica Doña Isabel cuando cierto soldado, pretendiente de un en el ejército, exhalando ámbares, con los aseos y ademanes de un Narciso y con la afectada compostura de un Adonis se introdujo a poner en sus reales manos el memorial de su pretensión; pero la prudente reina, haciendo como anatomía del ánimo y corazón del pretendiente por los cuidados de la exterior compostura de su persona, no sólo negó la gracia, sino que, explicando su disgusto le dijo que en los soldados le era más grato el grosero aliento de los ajos y cebollas que la fragancia supuesta de los ámbares y olores. Desta suerte, la esclarecida reina avisó con severidad la relajada demasía en su pulcritud de aquel soldado y condenó aquella su afeminada blandura; ejemplo que deben imitar los príncipes y generales.³⁰

También Juan de Ferreras en su *Historia de España* (1722-24) reitera las glosas a Isabel incidiendo sobre todo sobre su energía para la pacificación y buen gobierno de Castilla así como sobre su religiosidad.

En cualquier caso, el siglo XVIII supuso un reequilibrio en las imágenes de Fernando e Isabel. Feijoo en su *Teatro crítico universal* (1727) establece la paridad de méritos de ambos cónyuges, repartiendo sus cualidades en función del sexo. A Isabel, en tanto que mujer le asigna la templanza, el altruismo, el secreto y el pudor. A Fernando, la energía, la fuerza y la voluntad, disculpándolo del maquiavelismo. La misoginia, por cierto, de Feijoo es bien visible en este texto, cuando hace la concesión de que las virtudes de Isabel sortean las cualidades de su propio sexo:

Empezando por los príncipes –escribe–, en Fernando vemos el más consumado y perito en el arte de reinar que se conoció en aquél y en otros siglos, y a quien reputan comúnmente por el gran maestro de la política, en cuya escuela estudiaron todos los príncipes más hábiles que después acá tuvo Europa; en Isabel, una mujer, no sólo

más que mujer, pero aún más que hombre, por haber ascendido al grado de heroína. Su perspicacia, su prudencia, su valor, la colocaron muy superior a las ordinarias facultades, aun de nuestro sexo, por cuya razón no hay quien no estime por uno de los más singulares ornamentos que ha logrado el suyo.³¹

Dentro del equilibrio entre ambos reyes que domina en el siglo XVIII puede detectarse el deslizamiento de algunos textos en favor de Fernando o Isabel. El equilibrio fue inestable. En favor de Fernando, destacan los juicios del jesuita Codorniu que continúa la línea gracianesca o de Cadalso, que parece minimizar a Isabel.

En favor de Isabel, en cambio, se pronunció el padre Flórez, en sus *Memorias de las reinas católicas* (1761), que insiste en que la cualidad de Isabel era mandar estando al mismo tiempo detrás de su esposo: “La reyna gobernaba de tal suerte que parecía ser el Rey que gobernaba[...] le aprietó persuadiéndole [a Fernando] a que ella sólo sería reyna donde él fuese”, “Mandaba de tal suerte que parecía mandar con el marido”. Lo que seduce a Flórez es la conjugación que cree ver en Isabel de los valores masculinos y femeninos: “Donde de tal suerte se hermanaba lo particular de su sexo con las heroicidades varoniles con datos que suelen ser tan ajenas a las mujeres, [como el] valor, el consejo, la fortaleza, la constancia, estaban más de asiento en sus entrañas que en el corazón de muchos hombres. Vencía a éstos en honestidad, en compasión, piedad y devoción”.³²

En cualquier caso, más allá de la valoración específica de Isabel y Fernando, en el siglo XVIII se irá imponiendo el criterio de subrayar que la auténtica prosperidad de la historia de España radicó en el reinado de los Reyes Católicos y no en los Austrias. El punto de vista de Campomanes al respecto, fue rotundo. Con los Austrias llegaría la distorsión. El siglo XIX heredaría este mismo criterio.

LA MEMORIA HISTÓRICA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

El siglo XIX se abre con el famoso *Elogio de Isabel la Católica* de Diego Clemencín, orador eclesiástico, conocedor de la obra de Cervantes, que supuso la auténtica invención del arquetipo romántico de Isabel. A ella se le debe todo, en lo político y en lo cultural. Clemencín acuñó el arquetipo de reina sin dejar de ser mujer que habían ya insinuado los ilustrados. Se glosan sus virtudes femeninas (“su alma cándida y virgen llevó al matrimonio la preciosa dote de las virtudes domésticas”). Honestidad, decoro, modestia son virtudes mujeriles que Isabel tuvo en grado abundante. Pero, al mismo tiempo, se destaca de ella que “podía, sin reyes ni gemidos, cumplir esta parte laboriosa de la maternidad sin hacer demostración ajena a su ánimo varonil y constante”; “Amaba a sus hijos con mayor intensidad que el corazón de las madres” pero, como reina, “supo dominar sus afectos y vencer sus impulsos naturales”.³³ A su muerte, según Clemencín, “el eclipse que e siguió inmediatamente en la gloria de España manifestó a las claras quién era el sol que la alumbraba”.

Sabido es que la historiografía española del siglo XIX se divide en dos corrientes: liberal y conservadora.

La historiografía romántica representada por Modesto Lafuente y su *Historia de España* (1850-67) idealizó a los Reyes Católicos y, en particular, a Isabel. El valor principal aportado a los Reyes Católicos por estos historiadores es el valor *unidad nacional*: la recuperación de España desde la pérdida que había significado el año 711. El reinado de los Reyes Católicos

fue el final de una época y el comienzo de otra. Una religión, una ley y un trono. Después, con los Austrias, vendría la distorsión nacional en tanto que se trataba de una dinastía extranjera que conduciría a España por senderos imperiales en Europa, ajenos a sus propias esencias. El segundo gran valor invocado por esto historiadores fue el de la domesticación de la nobleza y del clero, sometiéndolos a la autoridad real y convirtiéndolos en servidores del Estado, con la centralización del poder “haciendo su acción fuerte, regular y universal, se funda la verdadera monarquía”. El tercer valor que sería eje indiscutible de la política de los Reyes Católicos sería el principio religioso que inspiró decisiones trascendentales como la conquista de Granada, la expulsión de los judíos y la creación de la Inquisición. La historiografía romántica integrista que representa Vicente de la Fuente participará de la misma exaltación de los Reyes Católicos con la única diferencia que priorizará como valor esencial el norte religioso sobre las consideraciones políticas o sociales. Curiosamente, en el siglo XIX serán más isabelistas los liberales. Lafuente tenderá a adjudicar los actos más discutibles del reinado, como la creación del Santo Oficio o la expulsión de los judíos, a Fernando. Isabel es el paradigma de la reina española, espejo de reinas: “Isabel, dominando el corazón de un hombre y haciéndose amar de un esposo hizo que se identificaran dos grandes pueblos: Castilla y Aragón”. Se subrayan sus cualidades personales (“dulce por carácter, pero enérgica por convicción”) y sus cualidades políticas. La conquista de Granada y el descubrimiento de América se adjudican, casi en exclusiva, a Isabel. Ambos hechos simbolizarán el triunfo de la idea civilizadora sobre las culturas inferiores a caballo del providencialismo español. Los hitos del reinado más negativos (Inquisición y expulsión de los judíos) se explican en función de la presión popular de la opinión pública, el fanatismo del pueblo, que haría deslizar a los reyes por la pendiente represiva. Las simpatías de Lafuente por Isabel son muy superiores a las que manifiesta por Fernando: “Supo moderar con suavidad la aspiraciones del aragonés y reducirle con su prudencia a aceptar un convenio de justa participación de poderes”, “La magnanimidad y la virtud, la devoción y el espíritu caballeresco de la reina, descuellan sobre la política fría y calculadora del rey”.³⁴ En la misma línea liberal hay que citar a historiadores como Morayta y Ortega Rubio.

Los historiadores integristas del XIX serán proclives a deslizarse por la pendiente política del carlismo que les conduce a un discurso anticentralista en el que Isabel no encajaba tan bien. El nacionalismo catalán, salvo Víctor Balaguer, fue siempre antifernandista porque consideraba a Fernando el responsable directo de la presunta marginación política de Cataluña. Pero el nacionalismo no pudo ser isabelista. Tampoco los navarros como Ruano Prieto o Campion, por las mismas razones. Pero quien mejor manifiesta este distanciamiento de Isabel por razón de su presunto centralismo es el ya citado historiador aragonés Vicente de la Fuente. Para este historiador, lo peor de Fernando el Católico fue precisamente la influencia que sobre él ejerció Castilla en la persona de Isabel. Muerto el rey Católico, dice De la Fuente: “los reyes de España, ya no de Castilla y Aragón, ni de Navarra y Granada, verificada la fusión de todas las Coronas y nacionalidades en una sola y robustecido el poder real, no respetarían ya sus fueros y franquicias como en otros tiempos”.³⁵

La historiografía española del siglo XIX se esforzará, curiosamente, por establecer un nexo de unión entre Isabel I e Isabel II, quien reina en España entre 1833 y 1868. En este sentido, destacan los trabajos de Güell y Renté (1858) y Magnabal (1860). Estos historiadores creían ver el paralelismo de las dos Isabel en el aspecto físico, el carácter, el matrimonio con un primo español y hasta en determinados actos políticos como la desamortización, que se relaciona con la supresión de impuestos eclesiásticos, la creación de la Guardia Civil homologada con la Santa Hermandad, la reorganización administrativa con la unidad del

Estado y nada menos que el ferrocarril con el descubrimiento de América porque descubre nuevas tierras.

La fascinación por los Reyes Católicos de los historiadores se trasladó también al ámbito de la pintura. Carlos Reyero ha subrayado que son muchos más numerosos los cuadros dedicados a la reina Católica que a Fernando. Sólo en muy escasas ocasiones aparecen representados los Reyes Católicos en situación paritaria (el cuadro de Manzano sobre los Reyes Católicos en el acto de administrar justicia –1860– o el de Sala sobre la expulsión de los judíos –1890–). Isabel la Católica nos aparece presidiendo la educación de sus hijos (Lozano, 1864), educando a su hijo Juan (Martínez Cubells, 1878), y, sobre todo, dictando su testamento (Rosales, 1864). De los hitos del reinado, los temas más representados son la conquista de Granada (Cano, 1867; Luis de Ribera, 1890,... y sobre todo, Pradilla) y el descubrimiento de América (Cano, 1856; De la Puebla, 1862; Garruelo, 1892...). Los personajes más evocados fueron Colón, el cardenal Cisneros, el Gran Capitán (Casal de Alisal, 1867) y Boabdil.³⁶

La historiografía anglosajona también se ocupó de los Reyes Católicos en plena euforia romántica. El historiador más representativo es William Prescott, autor de una *Historia del reinado de los Reyes Católicos* (1839) que se tradujo y editó en español (1844-1855). La obra tuvo un éxito extraordinario en Estados Unidos: 64 ediciones antes de 1900. Prescott, evidentemente, como los liberales españoles, es isabelista apasionado. Para él, Isabel representa la opción de un constitucionalismo perdido luego en el marco del absolutismo de los Austrias. Justifica la expulsión de los judíos o la creación de la Inquisición por su “corazón benévolo y sincero” y por la mentalidad de la época.³⁷ Naturalmente, Prescott ve la gran mancha de Isabel en el establecimiento de la Inquisición. Lo explica como un error producto de los malos consejos que recibió del clero. La historiografía anglosajona a fines del siglo XIX radicalizará su posición crítica respecto a los Reyes Católicos. Desde el protestantismo liberal (Buckle, Draper y, más tarde, Lea) y desde el judaísmo (Graetz, Loeb, Kauffman) se lanzaron múltiples dardos críticos al reinado de los Reyes Católicos, especialmente centradas en la cuestión de la Inquisición.

El canovismo dará un giro interpretativo a la historiografía liberal. Cánovas restablecerá el nexo entre Reyes Católicos y Austrias:

La Casa de Austria no sacó de su cauce la actividad nacional, sino que la dejó seguir o la impelió solo rápidamente por el que los mismos Reyes Católicos dejaron abierto: ¿Por qué pretender hacer exótica la política de la Casa de Austria en nuestra historia? ¿Fue diversa ella, en suma, de la que creó la Inquisición, expulsó a los judíos, conquistó Orán, fue a buscar a los turcos a las islas de Grecia, y conquistó y guardó a Nápoles? No; aquella España de la Casa de Austria, mejor o peor, de cualquier modo que hoy pueda juzgársela era, a no dudarlo, la antigua España, la genuina, la que engendró en esta tierra la edad media, madre común de las naciones modernas.³⁸

La *Historia de España* de la Real Academia de la Historia que Cánovas promocionó se ocupó de los Reyes Católicos. Fue Víctor Balaguer el autor de los dos volúmenes que en esta historia se dedicaron a los Reyes Católicos (1892).

Pero el canovismo duró poco. Ya en la última década del siglo XIX se replantea el debate sobre la expansión y la decadencia de España. Pedregal, Picatoste, Picavea, vuelven a la nostalgia de la España de los Reyes Católicos y a denostar la aportación de los Austrias. El

regeneracionismo noventayochista de los Costa o los Ganivet soñó con la España de los Reyes Católicos como la España que no pudo ser. Ganivet incluso consideró que Carlos V había traicionado la proyección natural hacia África en beneficio de la ensoñación europea. El centenario de la muerte de Isabel la Católica en 1904 reafirmará la interpretación integrista centrada en la exaltación de Isabel. Pidal y Mon comparará a Isabel la Católica con Teresa de Jesús y el conde de Cedillo y Brieva y Salvatierra abrirán paso a lo que será la gran exaltación de Isabel que viene a cerrar el ciclo abierto por Clemencín. Me estoy refiriendo a la obra de Zabala *Isabel la Católica, arquetipo de reinas, esposas y madres* (1913).

En los años treinta del siglo XX se constata un relanzamiento del fernandismo. Y ello en nombre de la razón de Estado, cuya representatividad en el siglo XVIII se había atribuido a Fernando. Antonio de la Torre dirigió la tesis doctoral de Vicens Vives sobre Fernando el Católico y Barcelona (1936-7), una tesis que rompía la tradición nacionalista catalana antifernandista. Fernando, según Vicens, será el rey que generará la paz social en Cataluña, promoverá la salida a la crisis económica y hará una política de Estado en la Corona de Aragón.

El primer falangismo fue fernandista, sobre todo desde la periferia aragonesa. La sombra de Gracián está presente en Ricardo del Arco, Giménez Soler y, sobre todo, Ferrari.

La historiografía española del franquismo intentó asentar el equilibrio político de los Reyes Católicos con la obra del marqués de Lozoya (1939), que situaba en el reinado de los Reyes Católicos los orígenes del Imperio. Pero el equilibrio se rompió pronto a favor de Isabel.

Walsh fue el primer hispanista inglés que exaltó a la reina Católica (1937). Las obras de Llanos (1941), Cereceda (1946), Cuartero (1952) o Sarasola (1955) abren paso al proceso de beatificación de Isabel que se inicia en 1958, con Rodríguez Valencia como postulador. A su muerte, fue designado Justo Fernández Alonso como relator de la causa. Alfredo Alvar ha subrayado con ironía la fragilidad de muchos de los argumentos laudatorios que se incluyen en la llamada *Positio* de 24 capítulos, una especie de biografía de la reina aspirante a santa. Lo cierto es que el proceso de beatificación dispara la historiografía isabelista y la muestra en los años sesenta y setenta son las obras de Suárez Fernández, Azcona, García Oro, Ladero Quesada, Prieto Lentero, Rumeu, Val y tantos otros. El centenario del nacimiento de Isabel en 1951 y la campaña pro-beatificación asfixiaron a Fernando, que sólo mereció el recuerdo del V Congreso de Historia de la Corona de Aragón (1952), que constituyó como el contrapunto al isabelismo dominante entonces.

El revisionismo se producirá a partir de los años noventa. Los libros de Pérez y Hillgarth sobre los Reyes Católicos; las nuevas biografías de P. K. Lyss, de Alvar o las más recientes de Javierre, Fernández Álvarez, Pérez Samper o Ruiz-Domènec; los nuevos replanteamientos que han introducido los historiadores “clásicos” de Isabel como Suárez Fernández, Ladero o Azcona; y hasta la última ofensiva de los fernandistas (Sesma, Belenguer, Sarasa) parecen revelar un cierto retorno al equilibrio del tándem Reyes Católicos, mientras se abren nuevas fronteras interpretativas respecto a la valoración de Isabel.

A ese respecto, hoy parecen abrirse algunas líneas de investigación poco cultivadas. En primer lugar, hay que hacerse eco de la nueva historiografía sobre la mujer, que se interesa por Isabel en lo que tiene de atipicidad en un mundo de hombres, de intrínseca masculinidad, respecto a los arquetipos asignados a las mujeres (la versión de Isabel-esposa es bien

conocida, pero muy mal la de Isabel-madre). En segundo lugar, merece focalizarse la atención más hacia la última Isabel, que sobre la primera. Los últimos siete años de la reina son peor conocidos porque la historiografía parece haberse dedicado más a la problemática de su legitimidad en sus orígenes como reina y, naturalmente, a todo lo que supuso 1492. ¿Por qué el tránsito de Talavera a Cisneros? ¿Qué influencia tuvo el año terrible de 1497 sobre la vida de Isabel? ¿Qué relaciones tuvo Isabel con Gonzalo Fernández de Córdoba? ¿Revela el testamento de Isabel desconfianza hacia su marido, como últimamente se apunta? Por último, habría que ahondar en la línea de investigación sobre la representación literaria e iconográfica de Isabel, a partir de los trabajos de Pardo Canalis, Morte García, Bermejo y otros. La historiografía sobre los Reyes Católicos sigue abierta. La historia sigue.³⁹

NOTAS

- ¹ A. Ferrari, *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*, Madrid, 1945, p. 574.
- ² J. N. Hillgarth, *Los Reyes Católicos, 1474-1516*, Madrid, 1984, p. 261.
- ³ *Ibidem*.
- ⁴ R. García Cárcel y D. Moreno, *Inquisición. Historia crítica*, Madrid, 2000.
- ⁵ B. Vincent, *1492. El año admirable*, Madrid, 1992.
- ⁶ J. G. Atienza, *Regina beatissima*, Madrid, 2002.
- ⁷ J. L. Martín, *Enrique IV de Castilla*, Madrid, 2002, pp. 9-13; B. Cuart, “La larga marcha hacia las historias de España en el siglo XVI”, en R. García Cárcel, ed., *La construcción de las historias de España*, Madrid, 2004, pp. 59-95.
- ⁸ D. de Valera, *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. Carriazo, Madrid, 1927, cap. LXXVIII, cf. B. Cuart, *op. cit.*, p. 85.
- ⁹ B. Cuart, *op. cit.*, p. 87.
- ¹⁰ Citado por V. Rodríguez Valencia, *Isabel la Católica en la opinión de españoles y extranjeros*, vol. 1, Valladolid, 1970, p. 92. La obra de Rosell en *De las grandes excelencias de la Reina Doña Isabel. Crónicas de los Reyes de Castilla*, BAE, LXX, 1878, apéndice I, pp. 522-3.
- ¹¹ La obra de Flórez en Real Academia de la Historia, manuscritos, colección Salazar, G-20 ant., 16-9-3-4, signatura moderna.
- ¹² A. Bernáldez, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, ed. Gómez Moreno y Mata y Carriazo, Madrid, 1962, cap. CCII, p. 489-90. Cf. V. Rodríguez Valencia, *op. cit.*, pp. 114-6.
- ¹³ Citado por V. Rodríguez Valencia, *op. cit.*, p. 96.
- ¹⁴ Citado por V. Rodríguez Valencia, *op. cit.*, p. 172. La obra de Pedro Mártir d’Angleria, *Opus epistolarum* en Biblioteca Nacional, Raros, núm. 1682; la obra de L. Marineo Siculo, *De rebus Hispanibus memorabilibus* se edita en Alcalá en 1533. El *Viaggio fatto in Spagna* de Navagero se editó en Venecia en 1563.
- ¹⁵ Véase V. Rodríguez Valencia, *op. cit.*, pp. 432-50.
- ¹⁶ *Ibidem*, pp. 450-500.
- ¹⁷ R. García Cárcel, “Los cronistas de Carlos y la imagen del Emperador”, en B. Anatra y F. Manconi, eds., *Sardegna. Spagna e Stati italiani nell’età di Carlo V*, Roma, 2001, pp. 39-51.
- ¹⁸ A. Alvar, *Isabel la Católica. Una reina vencedora, una mujer derrotada*, Madrid, 2002, p. 314.
- ¹⁹ A. Redondo, “Emergence et effacement de la femme politique à la Renaissance: Isabelle la Catholique et Maria Pacheco”, en A. Redondo, ed., *Images de la femme en Espagne*, París, 1994, p. 301.
- ²⁰ *Ibidem*, p. 302.

- ²¹ *Ibidem*, p. 303.
- ²² *Ibidem*, p. 304.
- ²³ Sandoval fue cronista real de 1600 a 1611. Su crónica de Carlos V se editó por primera vez en Valladolid en 1604-6.
- ²⁴ R. García Cárcel, “Introducción” a R. García Cárcel, ed., *La construcción...*, *op. cit.*, p. 19.
- ²⁵ *Ibidem*, p. 20.
- ²⁶ Citado por V. Rodríguez Valencia, *op. cit.*, p. 524.
- ²⁷ *Ibidem*, p. 520.
- ²⁸ Citado por A. Ferrari, *op. cit.*, pp. 130-45.
- ²⁹ R. M. Alabrús, *Felip Vi l’opinió dels catalans*, Lleida, 2001, pp. 52-75.
- ³⁰ A. Ferrari, *op. cit.*, p. 130.
- ³¹ *Ibidem*, p. 254.
- ³² Citado por V. Rodríguez Valencia, *op. cit.*, p. 600.
- ³³ El *Elogio* de Clemencín se incluyó en las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, vol. VI, Madrid, 1820.
- ³⁴ R. García Cárcel, *Felipe Vy los españoles*, Barcelona, 2002, pp. 242-55.
- ³⁵ *Ibidem*, p. 242-7; J. Álvarez Junco, *Mater Dolorosa*, Madrid, 2001, pp. 187-214.
- ³⁶ C. Reyero, *La pintura de historia en España*, Madrid, 1989, pp. 19-37, 47-50.
- ³⁷ R. Herr, “La historiografía norteamericana de la España moderna. El primer siglo”, en *Preactas. I Conferencia Internacional: Hacia un nuevo humanismo. El hispanismo anglo-norteamericano*, Córdoba, septiembre de 1999, pp. 223-4.
- ³⁸ R. del Arco, *La idea de Imperio en la política y la literatura españolas*, Madrid, 1944, pp. 125-68.
- ³⁹ Joseph Pérez acaba de publicar una nueva biografía de Isabel la Católica (París, editorial Payot), que incluye un estado de cuestión sobre la imagen de la historiografía francesa sobre Isabel que, lamentablemente, no he podido incorporar a este artículo.